

Boletín²⁹ REDen

Enero 2026



PATRIMONIO CULTURAL Y ESPIRITUALIDAD . VOLUMEN 2



RODRÍGUEZ, ELIAIRA (2025)

Cristo de Navegantes y Pescadores. *Boletín en Red. Revista de Patrimonio Cultural*, N° 29, Volumen 2, año 7, etapa 3, enero, pp. 28-35

REVISTA DE PATRIMONIO CULTURAL



Imagen del Cristo del Buen Viaje de Pampatar. Detalle

Fuente: <https://encrypted-tbn0.gstatic.com/images?q=tbn:ANd9GcQNLGCEUpUKtZkLLKFq1xidwq4ro2Yi0XeMIw&s>

CRISTO DE NAVEGANTES Y PESCADORES

ELIAIRA RODRÍGUEZ *

VENEZUELA

Durante los siglos XVI y XVII, el oriente venezolano fue testigo de una de las empresas económicas más intensas y peligrosas del imperio español en el Caribe: la extracción y comercio de perlas. La ruta de las perlas articulaba un circuito donde la riqueza extraída de los ostrales de las islas de Margarita, Coche y Cubagua, era consolidada y embarcada hacia España y otras partes del imperio europeo.

En el corazón de este tráfico marítimo se encontraba la bahía de Pampatar, en la costa sureste de la Isla de Margarita. Su puerto, resguardado naturalmente, se convirtió en un enclave estratégico donde convergían las esperanzas de fortuna y los temores de la travesía. Embarcaciones de diversos calados —desde pequeñas lanchas de buzos hasta naos de alto bordo— poblaban su rada, cargando en sus bodegas el "oro blanco" que financiaba aventuras y coronaba ambiciones en la lejana Europa. Oviedo dijo: "*de entre los puertos de Margarita se distingue Pampatar*" (Alcedo, 1788, p. 352). Esta preferencia arranca desde los mismos días de la fundación de poblaciones españolas en la

Paraguachoa de los nativos. El ingeniero Juan Betin señala su extensión: "*Mompatare que es el principal surgidero de la isla (...) Mompatare tiene de longitud hasta el morro de puerto moreno, tres mil pasos algo mas o menos, y de ancho, seiscientos pasos*" (Heraclio, 1959, p. 103).

El 13 de marzo de 1620, el Rey Felipe III manda a establecer un solo puerto en La Margarita. Es el de Mompatare, que tiene su fortín, refiriéndose al *Fortín de La Caranta*, precisando que: "*en este deben surgir los Navíos al amparo de la artillería (...) que no los consienta surgir en otro, y que allí carguen y descarguen, con graves penas, que les impongan lo contrario haciendo*" (Heraclio, 1959, p. 108, 109). Tanta riqueza concentrada en un solo puerto no pasó desapercibida. Convertido en un blanco para piratas y potencias rivales, Pampatar necesitaría pronto más que un fortín.

Transcurren los años y se impone en el principal puerto de la Isla, la construcción de una fortaleza apropiada. El ingeniero Betin elabora los planos y en 1662 se da comienzo a la construcción del *Castillo de San Carlos Borromeo*. A su acción quedan ahora sometidos los ataques de la piratería. Ya no es una plaza con la escasa efectividad de los cañones del *Fortín de La*

*Investigadora de la Fundación IDEA, Licenciada en Biología Marina (UDO), M.Sc. en Estudios Ecológicos y Gestión Ambiental (UMA), M.Sc. en Energías Renovables y Sostenibilidad Energética (IIEGDH).
Correo: eliaira@gmail.com



Salida del Cristo del Buen Viaje en el umbral de la Capilla de Pampatar

Fuente: https://encrypted-tbn0.gstatic.com/images?q=tbn:ANd9GcT6LeUAMgGFiEiv8MaZXSlJIN_HfY0dtDCDg&s

Caranta, sino mejor artillada y dispuesta a cobrar caro la intentona de cualquier aventurero (Heraclio, 1959, p. 109).

En el año 1748, se construyó la iglesia de Pampatar frente al Castillo, con su puerta principal hacia él, según tradición “*para que los soldados pudiesen ver la celebración de los oficios divinos desde sus puestos de guardia*”. Se construyó con buenos materiales. Sus bases con piedras de los cerros vecinos: “*cuya obra se ha hecho y hará a expensas de la limosna con que contribuyen los bienhechores*” (Rosa, 1984, p. 6).

Esta nueva arquitectura devota, sin embargo, se erigía sobre una identidad mucho más antigua, grabada en el propio nombre del lugar. *Pampatar* es una voz guaiquerí que significa “pueblo de sal”. Este topónimo ancestral revela la relación primigenia de sus habitantes originarios con el mar, no solo como fuente de alimento, sino como elemento fundamental para la conservación, el comercio y la vida misma. Cuando los españoles superpusieron la economía perlera sobre este territorio, el “pueblo de sal” se

convirtió también en el puerto de la perla, pero la dependencia vital del elemento marino permaneció incólume, incluso intensificada.

Sin embargo, *Pampatar* no era solo un punto logístico, era el escenario vital de una comunidad cuya existencia estaba suspendida entre la bonanza y el naufragio, entre la riqueza del fondo marino y la furia impredecible de la mar. En medio de esta economía de riesgo extremo, emergió uno de los patrimonios espirituales más significativos y perdurables del estado Nueva Esparta: *la devoción al Cristo del Buen Viaje*.

La llegada de esta imagen a la costa de Pampatar está envuelta en la bruma legendaria que caracteriza a los grandes patrimonios devocionales. La tradición oral, transmitida por generaciones, cuenta cómo llegó esta imagen al “pueblo de sal”. Rosauro Rosa Acosta recoge esta maravillosa historia en su libro *La Iglesia del Santísimo Cristo del Buen Viaje* (1984):

Entonces el pueblo comenzaba a crecer. Como asustados, en la orilla de la extensa



Procesión en honor al Cristo del Buen Viaje por las calles del pueblo margariteño de Pampatar

Fuente: <https://radio.otilca.org/wp-content/uploads/2025/05/cbvdp.jpg>

playa, se levantaban a poca altura los ranchos temerosos de perder las palmas de sus techos bajo las ráfagas de los vientos que vienen de la ardiente salina. Frente a los ranchos se varaban las canoas al atardecer después de las labores de la pesca. Más arriba apuntaban las pocas casas de las familias españolas. Por los lados de La Caranta ya los abrojos prendían sus flores amarillas sobre las ruinas del Fuerte Santiago. Hacia el Poniente, la pequeña iglesia izaba al cielo su cruz. Y frente al templo, el castillo, frescos todavía sus muros, señalaba al mar sus pesados cañones y las sombras erguidas de sus pocos soldados. El pueblo, a veces, se recogía de temor ante la presencia de enormes barcos, que en varias ocasiones sembraron en sus playas la desolación y la angustia.

En general, la vida se desenvolvía en paz. Abundante la pesca. De los campos cercanos o de la ciudad, ubicada a escasas leguas, venían los frutos y las carnes.

Y hasta allá se iba a buscar el agua limpia y fresca cuando el verano resecaba las quebradas y los pozos cercanos. Pero un día (...) el recuerdo ha traspasados siglos (...) el cielo empezó a tronar insistente. Los relámpagos —dorados sables— cruzaban el espacio; y el viento, como loco, gritando, recorría el poblado de punta a punta.

Dicen que las manos del viento arrancaron repiques a las campanas de la iglesia y abrieron sus portones de par en par. La gente abandonó sus viviendas y corrió a la casa de Dios a orar para que calmase la tormenta.

Entonces, un hermoso velero —bergantín o goleta— entró a la rada para buscar refugio. Tan pronto se largaron las anclas y se recogió el velamen con largo alarido de los motones, el viento paró su loca carrera, los relámpagos apagaron sus zigzagueantes luces y los truenos callaron sus voces estentóreas.

Bajó a tierra el Capitán y dio parte a las



autoridades de su arribo forzoso. Contó que llevaba semanas de navegación angustiosa por la furia de los vientos desde su salida de España con destino a Santo Domingo y había tenido que desviarse de la ruta para salvar el barco. Manifestó que su cargamento era —entre otras cosas— una caja contentiva de una imagen sagrada; que pasado el mal tiempo y después de reparar averías continuaría su viaje.

Hora después levaba anclas y a escasos minutos de navegación arreció la tempestad y regresó al puerto. Las autoridades dispusieron que la caja contentiva de la sagrada imagen fuese llevada al templo. Abierto allí el cofre, el pueblo pudo admirar la hermosa escultura del Cristo, que desde ese instante bautizó como “El Cristo del Buen Viaje”. Zarpó la nave sobre un mar tranquilo y fue feliz la navegación hasta Santo Domingo.

Cuentan, asimismo, que meses más tarde otro buque trajo el encargo de reembarcar

la sagrada escultura, pero cuando se disponía el traslado bajo el dolor de todo el vecindario, los brazos de la cruz no pudieron pasar las puertas del templo.

Tal situación se comprendió como un mandato divino y el Cristo fue colocado nuevamente en el altar y allí quedó para siempre.

Desde entonces es el Excelso Patrono de Pampatar. A él se encomienda nuestro pueblo al partir a las faenas del mar, y en todas sus vicisitudes y en todas sus angustias busca en él consuelo (pp. 90-92).

Se cuenta que, en una ocasión posterior: una tormenta de excepcional violencia se desató en la bahía, amenazando con destrozar contra los acantilados y la costa a las embarcaciones allí refugiadas, muchas de ellas cargadas con el preciado fruto de la pesca de perlas. La desesperación se apoderó de la población. Fue entonces cuando, impulsados por una fe colectiva, los pobladores decidieron realizar un acto ritual



Cófrades y devotos

Fuente: IG @humacevedo Foto: Humberto Acevedo Narváez (2024)





extraordinario: desembarcaron la imagen desde su capilla y la llevaron en procesión de rogativa hasta la misma orilla del mar. Al colocar al Cristo frente a las aguas embravecidas, la tormenta se aplacó.

Este relato es la piedra angular de la devoción. Transforma al Cristo de un objeto de veneración pasiva en un actor ritual. El mensaje era claro: la presencia física del símbolo sagrado, llevada al epicentro de la crisis, tenía el poder de modificar las fuerzas de la naturaleza. Cada "buen viaje" implorado a partir de entonces dejó de ser una metáfora piadosa para adquirir un significado literal y vital: el retorno seguro del pescador, la llegada a puerto del barco perlero, la integridad de la carga que sustentaba la economía local.

Esta leyenda fundacional no quedó en el pasado. Cada 3 de mayo, Pampatar hace un alto en sus quehaceres y le tributa solemnes festividades al *Cristo del Buen Viaje*, a *El viejo*, como es también llamado por cariño.

La elección de esta fecha teje lo celestial con lo marítimo. Esta fecha, que en el calendario

litúrgico católico celebra la Santa Cruz, conecta la devoción local con una fiesta universal de la cristiandad. Pero en Pampatar, la cruz adquiere una significación concreta y vital. Para una comunidad de navegantes, la cruz no es solo un símbolo de redención, sino también de orientación.

En el hemisferio sur, la Cruz del Sur es la constelación-guía por excelencia, el faro celeste que ha dirigido a generaciones de marineros en la inmensidad del océano. Así, el *Cristo del Buen Viaje*, celebrado el Día de la Santa Cruz, se erige como el punto de unión entre la Cruz del Gólgota y la Cruz del firmamento: una encarna la salvación del alma y la otra, la salvación del cuerpo en la travesía.

La procesión marítima del 3 de mayo puede leerse, entonces, como un ritual de correspondencia: así como la Cruz del Sur guía a los barcos en la noche, la Cruz de Cristo —en su advocación de Buen Viaje— guía y protege los destinos de quienes se hacen a la mar. Esta asociación, arraigada en el calendario festivo,



Procesión marina con una réplica de la imagen del Cristo del Buen Viaje

Fuente: IG @arleof1 Foto: Frank Arleo (2023)



muestra cómo el patrimonio espiritual más arraigado es aquel que logra encarnar las metáforas más profundas de la existencia de un pueblo: para Pampatar, la fe, la orientación y el retorno seguro son, en esencia, una misma cosa.

Esta dimensión práctica y vital de la fe se perpetúa y se renueva cada año en la celebración solemne en honor al *Cristo del Buen Viaje*. Esta fiesta anual es la manifestación más elocuente del patrimonio inmaterial vivo asociado a la imagen y constituye un complejo ritual que actualiza el pacto entre la comunidad y su protector.

Los preparativos de la celebración comienzan con un novenario: nueve días de oraciones, misas y reflexiones que van generando una expectativa espiritual y social creciente. En el día central, la imagen es bajada con solemnidad de su altar y colocada sobre unas andas procesionales ricamente adornadas con flores. La procesión es el acto cumbre y de mayor carga simbólica. Una multitud compuesta por pescadores, sus familias, devotos históricos, autoridades eclesiásticas y civiles, y visitantes, acompañan al Cristo en su recorrido.

De manera profundamente significativa, el trayecto se dirige hacia el muelle de Pampatar. Este destino recrea de manera simbólica, año tras año, aquel gesto legendario del desembarco salvador. Al llegar al muelle, frente a la inmensidad del Caribe, se realiza una bendición especial de las aguas y de las embarcaciones. Este es un momento de gran emotividad, donde los pescadores hacen sonar las sirenas de sus botes, se lanzan fuegos artificiales, se lanzan flores al mar y la multitud prorrumpie en aplausos y cánticos. La imagen es embarcada para realizar una procesión por la bahía, pasando frente al *Castillo de San Carlos Borromeo* y bendiciendo desde el agua a todo el pueblo y a las embarcaciones.

Tras la procesión, una misa solemne llena la iglesia hasta los límites de su capacidad. La dimensión religiosa se entrelaza con manifestaciones del patrimonio cultural popular, que incluyen ferias con comida típica margariteña, venta de artesanías y presentaciones de polos y galerones, géneros musicales tradicionales de la isla que narran

historias de amor, pesca y fe. Es un ritual de afirmación identitaria que demuestra, de manera tangible, que el patrimonio espiritual del Cristo no es una reliquia confinada al pasado, sino una fuerza viva que late en el corazón de Pampatar, adaptándose a los nuevos tiempos, pero manteniendo su esencia protectora frente a un mar que, aunque hoy se navegue con mejores instrumentos, sigue siendo impredecible y demandante para el pescador artesanal.

La Iglesia de Pampatar, donde se encuentra el *Cristo del Buen Viaje*, es en sí misma un patrimonio material, es una construcción sólida y austera. Sus muros son gruesos y su aspecto de fortaleza reflejan el contexto histórico en que fue erigida, una época de frecuentes ataques de piratas y corsarios que asolaban las costas del Caribe en busca de los tesoros que por allí transitaban.

La iglesia no solo era casa de Dios, sino también refugio para la población. En su interior, más allá de la imagen principal, se custodia un patrimonio mueble que amplía y complejiza la narrativa espiritual del lugar. Destacan dos piezas de especial relevancia. La primera es la pila bautismal de piedra. Frente a esta pila han sido bautizadas generaciones de hombres de mar. La segunda pieza, es la pintura de *Las Ánimas del Purgatorio* (Janeth, 2005, p. 193). Esta obra, que pertenece a la iconografía barroca colonial, representa a las almas en pena del Purgatorio, implorando la intercesión de los vivos a través de oraciones y misas para alcanzar el cielo. Esta pintura es atribuida al artista Juan Pedro López (1724-1787), abuelo de nuestro humanista, jurista, poeta, filólogo, diplomático y educador venezolano Andrés Bello.

Para una comunidad donde la muerte por naufragio, accidente de buceo o enfermedad durante la travesía era una posibilidad latente y frecuente, el miedo no era solo a la muerte física, sino a la muerte sin salvación: sin los últimos sacramentos, sin sepultura cristiana, con el cuerpo perdido en el abismo. El culto a las *Ánimas del Purgatorio* respondía a este terror metafísico, ofreciendo un camino de esperanza y de acción a través de las oraciones y las misas ofrecidas, donde los vivos podían aliviar el sufrimiento de sus seres queridos fallecidos y ayudarlos a



alcanzar la gloria.

La espiritualidad encarnada en el *Cristo del Buen Viaje* y todo el contexto devocional que lo rodea encuentra semejanza en un arquetipo narrativo universal: el relato bíblico del profeta Jonás. La analogía ilumina la lógica psicológica y comunitaria que subyace a esta fe marinera. En ambos casos, el mar se erige como el escenario primordial de la crisis, el espacio donde se juega el destino de los personajes. La tormenta representa la amenaza colectiva, la fuerza caótica de la naturaleza que pone en jaque la supervivencia del grupo. Pero es en el gesto propiciatorio donde reside el núcleo más potente de la analogía. En el Libro de Jonás, la tripulación de la nave, tras echar suertes y descubrir que la tormenta es consecuencia de la huida del profeta, decide arrojarlo al mar: "Y tomaron a Jonás y lo echaron al mar; y el mar se aquietó de su furor" (Jonás 1:15). En la leyenda de Pampatar, la comunidad, enfrentada a la furia del mar, decide desembarcar al Cristo y llevarlo a la orilla. En ambos relatos, la solución a la crisis implica una acción ritual comunitaria que recae sobre un ser con una carga simbólica máxima (el profeta desobediente, la imagen sagrada), con el objetivo explícito de aplacar la ira del mar. Es el sacrificio o la ofrenda de lo valioso para salvar al colectivo.

El *Cristo del Buen Viaje* es un patrimonio espiritual vivo porque responde a una necesidad humana perenne, la de sentirse acompañado y protegido al enfrentar lo desconocido: "El Viejo es el primero en subir a la nao y también se le hace entrega de su parte al terminar la faena", dicen los pescadores artesanales. Y es que el Cristo ganó en el trabajo, porque estuvo a su lado a la hora de calar el cardumen y fue consejero y guía en todas sus actividades. Cuentan, además, que, en las fechas cercanas a las festividades del Santo Patrono, es cuando las mejores pescas se obtienen, "para que no falte nada en la celebración". Al Viejo se le entregan también los milagros que el hizo en sanar pronto una herida, en curar a un enfermo ya cercano a la muerte, en librar la piragua del naufragio o de proteger a los que en horas de tempestades andan por los caminos de la mar.

El patrimonio espiritual no existe aislado, sino en diálogo con otras formas de patrimonio

(militar, arquitectónico, natural), conformando un paisaje cultural total que explica la experiencia histórica de una comunidad. La celebración anual del *Cristo del Buen Viaje* confirma que el verdadero patrimonio es aquel que se vive, se navega y se celebra, manteniendo viva la promesa de un buen viaje para todos los hijos de ese pueblo cuya esencia salobre, sigue escrita en su nombre y celebrada en su fecha más importante.

El peregrino que hoy visita Pampatar contempla un diálogo silencioso entre dos gigantes de piedra. Por un lado, el *Castillo de San Carlos Borromeo*, mudo testigo de estrategias militares y del ruido de los cañones. Por el otro, la iglesia del *Cristo del Buen Viaje*, recipiente de plegarias silenciosas y promesas susurradas. Juntos, forman un conjunto patrimonial único donde lo castrense y lo sacro, lo temporal y lo eterno, se entrelazan para contar la historia completa de una comunidad que necesitó tanto de cañones y murallas como de milagros.

REFERENCIAS

- Alcedo, A. de. (1788). Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América (Tomo III). Imprenta de Benito Cano. (Obra original publicada 1786-1789).
- Libro de Jonás. (s.f.). *La Santa Biblia*. Versión Reina-Valera. Revisión 1960. Editorial UNILIT.
- Narváez Alfonzo, Heraclio (1959). *El Pueblo de la Sal*. El Paraíso del Caribe. 1era-Edition.
- Rodríguez, Janeth (2005). *El purgatorio en la pintura barroca venezolana: iconografía y discurso*. Escritos en arte, estética y cultura. III Etapa, Nº 21-22. Caracas. 189-208.
- Rosa Acosta, Rosauro (1984). *La Iglesia de Santísimo Cristo del Buen Viaje*. Pampatar, estado Nueva Esparta.

